

Replanteamiento del origen de la violencia:

¿Estructuras o actores políticos?

Comprender la violencia, un paso inicial en la búsqueda de la paz, se ha dicho. Y comprenderla significa enmarcarla dentro de los procesos estructurales de formación de la sociedad colombiana o interpretar el papel de los actores políticos y sociales que se mueven en el escenario actual para protagonizar la violencia. En síntesis, las razones de la violencia son objetivas o subjetivas? La dicotomía quedó replanteada en un debate convocado recientemente en el CINEP, Centro de Investigación y Educación Popular, del cual extractamos dos intervenciones: la de EDUARDO PIZARRO, Investigador sobre la violencia en Colombia del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y la de FERNAN GONZALEZ, Director del Proyecto de CINEP "Conflicto Social y Violencia en Colombia". Esta es versión de María Cristina Alvarado.



Eduardo Pizarro



Fernán González

Fernán González: Nuestro análisis busca sentar las bases para crear un consenso nuevo, que nos sirva para que todos pensemos en común la Colombia que queremos construir. Nos movemos mostrando el proceso incompleto de formación del Estado-Nación de la sociedad colombiana en tres campos:

1. Los procesos de ocupación del territorio nacional, aún sin concluir, con la organización correspondiente de la vida económica y social a nivel local y regional, insistiendo en su organización económica y en su cohesión social.

2. Los procesos de integración política en dos sentidos: por un lado, las redes de relaciones políticas que se forman y que van integrando a la nación desde arriba, es decir, la formación de los partidos políticos en tres planos: nacional, regional y local. La base de estas redes es tradicional y premoderna, aun cuando ofrezca la apariencia de partido moderno. En cambio las bases de las instituciones republicanas son de carácter formalmente moderno, pero muchas veces no corresponden a la realidad social del país. Ese desfase entre redes de relaciones políticas e instituciones se ve muy claro en toda la historia política colombiana. De ahí deriva un problema que consideramos central: el de legitimidad. ¿Cuál es el concepto de pueblo que se maneja para lograr esta legitimación?

3. Los procesos de creación de imaginarios políticos, o sea la cultura política, en el marco de referencia de los medios de comunicación, que debían expresar a nivel simbólico los dos tipos de procesos anteriores y que terminan a veces por suplir sus respectivas carencias. Así, la referencia simbólica y las redes políticas en Colombia suplen en ocasiones la falta de integración económica y geográfica.

Partimos de un problema agrario sin solucionar, dentro de la dinámica regional del poblamiento nacional, arrancando de los tiempos coloniales con una base incluso prehispánica. La lucha chibcharibe se ve muchas veces reflejada en el poblamiento posterior: hay zonas de alta densidad demográfica de la mayor complejidad social, base de la estructura de enco-

mienda, resguardo y después del latifundio y minifundio, que constituyen los primeros cimientos del poblamiento nacional. Esa tendencia se modifica a finales del siglo XVII y durante todo el XVIII con el proceso masivo de mestizaje, que genera procesos de colonización de vertientes. Esta población se va aglutinando sin control social, sin mucha presencia de las autoridades virreinales. Hay una marcada coincidencia entre esas zonas de poblamiento tardío con zonas de conflicto actuales, no por razones geográficas sino por las formas de cohesión social y de sociedad que se implantan allí: Magdalena Medio, Urabá, Guajira, zonas poco controladas desde la época colonial. Hay zonas relativamente pacíficas: la altiplanicie cundiboyacense hasta Santander central, la altiplanicie caucana hasta la meseta nariñense y los valles interandinos de Antioquia (excepto la zona de Medellín por razones de narcotráfico). Estas regiones están rodeadas de zonas muy conflictivas. Reciben el excedente poblacional expulsado por problemas agrarios no resueltos, reforzado por motivaciones políticas, como el caso de la violencia de los años 40 y 50, que reproduce una colonización espontánea de poca cohesión social que se prolonga desde el siglo XVIII hasta nuestros días. También las ciudades reciben excedentes de población del mismo estilo. Pero esta concentración en las grandes ciudades que no procede de una modernización del país, sino de condiciones del mundo rural que expulsan a la población "excedente".

Tenemos en cuenta otros factores: Colombia no se vincula plenamente al mercado internacional, en gran parte por dificultades de la propia geografía. No se configura un país moderno, con relaciones salariales generalizadas, con un mercado interior consolidado; es un país sin integración económica, sin la cual no habrá un control de la nación por una región o por una ciudad. Distinto de lo que ocurre en otros países de América Latina. Estos procesos actúan sobre la vida política y sobre las instituciones del país. No hay una base social moderna para la vida institucional y democrática; no

existe un ciudadano, un pueblo moderno, sino un pueblo tradicional ligado con lazos tradicionales, que se expresa en gamonales, caciques, compadrazgos y caudillos regionales. Lo que se produce, entonces, es una serie de solidaridades regionales, locales, de base tradicional y no moderna, lo cual dificulta la implantación de una política de tipo moderno, de partidos modernos, de instituciones modernas. De esta manera, el Estado delega en los partidos tradicionales el manejo de las relaciones con la sociedad. El peso de los gremios en la política es excesivo, al punto de que llegan a suplir al Estado-Nación. Estos problemas de redes políticas se reflejan también en la carencia de identidad nacional, que se convierte en identidades fragmentarias: en vez de identidad con la Nación hay una identidad con los partidos tradicionales, en una suerte de subculturas políticas que se contraponen y se excluyen mutuamente. No hay solidaridad con un partido moderno, pues ésta es reemplazada por una solidaridad basada en la intolerancia, en la exclusividad del otro y ello repercute en la formación de los partidos políticos, en el estilo de política.

El manejo político de las redes tradicionales de solidaridad empezó a hacer crisis recientemente, en los años 50 y 60. Los partidos como federaciones de clientelas empezaron a perder capacidad de manejo de los conflictos. Esta crisis se agudiza frente a los problemas que se han acumulado recientemente: el problema agrario se agrava, la urbanización crece sin control, se aceleran los procesos de modernización, el país se seculariza, aumenta el nivel educativo, cambia el rol de la mujer. El país se ha modificado y las instituciones están rezagadas frente a esos cambios. Mucho más recientemente, la presencia del narcotráfico y la guerrilla profundizan la crisis de las instituciones. En algunos casos estas fuerzas sustituyen a un Estado de presencia precaria, y sirven de mecanismos de integración económica, política y cultural¹.

1. El desarrollo de estas tesis puede encontrarse en las siguientes publicaciones del CINEP: Análisis No. 1, Análisis No. 2 y Controversia Nos. 151 y 152 "Un país en construcción".



Eduardo Pizarro

Para usar un razonamiento que suscite polémica, pienso que el cuadro que acaba de pintar Fernán Gonzáles es común en muchos países de América Latina, por ejemplo Ecuador, y sin embargo no sufren de violencia. En Ecuador existe un Estado en construcción y fragmentación del poder político, débil legitimidad de las instituciones, procesos de formación nacional inconclusa, estrechez del marco de participación política, desequilibrios regionales y sociales, y no hay violencia. ¿Por qué? Con esta pregunta no quiero descalificar la investigación del CINEP. Pienso que ésta busca fundamentalmente plantear el marco general para comprender el fenómeno de la violencia, el contexto estructural en el cual se produce. Mi comentario se dirige no a cuestionar ese marco, que comparto, sino a mostrar los riesgos que ofrece un tratamiento puramente estructural de la violencia. Es decir, cuando nos

limitamos a los factores estructurales, estamos planteando no lo que produce la violencia, sino qué tipo de relaciones sociales y económicas son tensionantes y potencialmente violentas. Nos quedamos en el marco de lo potencialmente violento, pero no explicamos qué es lo que genera en definitiva la violencia.

Trataré de explicarlo. Los factores que el CINEP analiza es lo que Galtung denomina la violencia estructural, un estado latente o potencial de violencia. La tesis que quiero plantear es que estos factores estructurales pueden derivar o no en violencia. ¿Por qué en determinadas circunstancias históricas y por qué con determinados actores una situación estructural común deriva en Colombia en violencia y no en Ecuador? Para que una violencia estructural derive en actos de violencia se requiere una crisis que se acompañe de la emergencia de actores comprometidos en la ejecución de actos de violencia. Crisis

que convierte a la violencia en un hecho social con origen histórico preciso.

Esta tesis va en contravía total con ideas que se están desarrollando en Colombia, en forma peligrosa, me parece, como la existencia de una cultura de la violencia, el carácter genéticamente violento del pueblo colombiano, la tesis de Gonzalo Sánchez de "Colombia, un país en guerra permanente", etc. Yo creo que la violencia está presente en toda sociedad. Existe violencia en Suecia, en Suiza y en el Líbano. La diferencia radica en los niveles de violencia que sufren las diferentes sociedades y en el momento de su aparición histórica. Así como no existe ningún país inmune a la violencia (pensemos en Alemania en 1939, en Francia durante la guerra de Argelia o en España durante la guerra civil), tampoco existe ningún país condenado a padecerla ineluctablemente. Si en Colombia existiera una cultura de la violencia estaríamos condenados a vivirla

eternamente y ello nos conduce hacia una perspectiva pesimista, sin salida. La perspectiva que plantea, en cambio, la violencia como un hecho social de origen histórico preciso, sostiene que hay un momento en el cual surge e igualmente puede plantear salidas y alternativas a esa situación. Por eso yo daría dos elementos de reflexión a la perspectiva del CINEP: el primero, no derivar la violencia de los factores estructurales, pues éstos constituyen el medio ambiente propicio para su eventual emergencia, si existen el hecho histórico y los agentes que actúan sobre ese medio ambiente.

En segundo término —y creo que éste es un riesgo de las perspectivas históricas de muy largo plazo— es la visión falsa de una violencia consustancial, inscrita de manera permanente en la historia nacional. Pienso que entre 1902 y 1946 la violencia estuvo casi ausente del panorama nacional. Hubo episodios de violencia locales: las bananeras, la violencia en las zonas de colonización, en las zonas cafeteras, la violencia liberal-conservadora en los santanderes, en Boyacá en los años 30. Pero la violencia generalizada estaba ausente, no había movimientos populistas, ni dictaduras militares; había una gran estabilidad del sistema electoral. Cuando los periodistas visitaban a Colombia en 1940 la veían como el paradigma de la estabilidad en América Latina, era el modelo que escapaba a los fenómenos que afectaban al resto del continente. Si la violencia estuvo prácticamente ausente durante 50 años, entonces tuvo un origen histórico y puede desaparecer. Esas tesis según las cuales la violencia forma parte de nuestra personalidad histórica conducen al fatalismo, a la sin salida; y a perspectivas tales como: ...es mejor no buscar erradicarla, sino que debemos mejorar nuestra forma de convivir con la violencia, tanto más si estamos condenados a que sólo superando estos factores estructurales superaremos la violencia. A que sólo cuando tengamos Estado, Nación, Pueblo, institucionalidad democrática, podremos superar la violencia. En esta perspectiva pienso que hay que relativizar los factores estructurales.

Un segundo comentario que me parece importante para la investigación del CINEP: la ausencia de reflexión sobre los actores. Mi tesis es que para que la violencia se materialice se requiere, en primer lugar, un contexto específico: el contexto nacional en el cual se produce el hecho violencia, porque el riesgo que se corre con este tipo de análisis es pintar un cuadro tremendista. La violencia actual nos envía a la violencia de los años 50, ésta a la violencia de los años 30, ésta a la guerra de los mil días, ésta a las guerras civiles del siglo pasado, ésta a la violencia de la independencia, ésta a la conquista. Más que continuidades, lo que un análisis histórico requiere, es continuidades y rupturas. Continuidades, porque existen entre estas etapas, pero existen enormes rupturas y éstas deben ser analizadas para determinar lo nuevo y lo diferente de esos episodios de violencia. Planteo esto ante todo para insistir en la paradoja del sistema político colombiano; la extraordinaria estabilidad de gobiernos civiles, no necesariamente democráticos (Colombia exhibe el mayor número de presidentes electos en el continente, y el mayor número de elecciones celebradas) y sin embargo ha tenido grandes episodios de violencia. Es una convivencia de formalismo jurídico-electoral con episodios de violencia.

El otro elemento que introduciría a la reflexión del CINEP es el contexto internacional que, creo, está en gran parte ausente. Para poner un solo ejemplo: el narcotráfico introduce un factor de violencia que no tiene origen exclusivo en Colombia. Toda la cadena que el narcotráfico implica desde los centros de producción de la hoja, el procesamiento químico, laboratorios clandestinos, las múltiples vías y naciones utilizadas para el transporte, los centros principales de consumo, el lavado de dólares a través del sistema financiero internacional, la venta de insumos, la creación de bandas delincuenciales multinacionales, alcanza un nivel internacional, actúa sobre ese contexto estructural y tiene origen externo. Así como el narcotráfico podrían

mostrarse otros elementos de violencia.

Con respecto a los actores, pienso que éstos introducen un elemento central porque finalmente quien ejecuta la violencia es un actor que tiene cierta voluntad para actuar. Si no existe el actor, la estructura no genera, no se traduce en violencia. Y son fundamentalmente el actor guerrilla, el actor fuerzas armadas, el actor narcotráfico, el actor grupos paramilitares y de autodefensa. La reflexión sobre los actores implica reflexión sobre sus proyectos, sus intereses en juego, sus alianzas, sus dinámicas regionales. Implica examinar las múltiples violencias que hay en Colombia en el tiempo y en el espacio, que se retroalimentan y que tienen muchos impactos sobre el clima de violencia que el país sufre. Como planteamos en el libro de los violentólogos: "No existe una violencia nacional, como en El Salvador, con dos polos en conflicto, el Gobierno y el Farabundo Martí, sino múltiples actores que ejecutan violencia y, por lo tanto, múltiples dinámicas de las violencias regionales que disparan los índices de criminalidad, que ponen en bancarrota al Estado, crisis de la justicia e impunidad" y, ante todo, algo que me parece decisivo que en Colombia la guerra sucia no es estatal, como en Argentina y Uruguay. La guerra sucia en Colombia tiene una tendencia a privatizarse. Si por guerra sucia se entiende la utilización clandestina de la represión para aniquilar opositores políticos, en Colombia la multiplicidad de violencias implica una privatización de la guerra sucia, dirigida por hacendados, por narcotraficantes, con complacencia y alianza con sectores del Estado. Esta privatización de la guerra sucia introduce una dinámica muy especial de la violencia colombiana, que no se da en el resto del continente.

Fernán González: Yo no encuentro tanta contradicción entre los dos análisis. Pienso que CINEP está pisando el escenario, confiando en que las investigaciones de la Universidad Nacional nos muestren los actores. En realidad estamos de acuerdo en que la violencia no procede de las contradicciones estruc-



turales, hace falta un detonante, un actor con voluntad política de ejercer violencia. Quiero señalar también que nosotros estamos en el primer paso de la investigación, para pasar a una segunda etapa en la cual contemplaríamos mejor los actores en los procesos de paz. La ventaja del enfoque estructural es una lección fundamental para este país y es distinta de la que reporta el énfasis exagerado en los aspectos coyunturales, en los actores políticos. La lección de un enfoque estructural es que no pueden postergarse indefinidamente las soluciones a los problemas, porque la cuenta de cobro es cada vez mayor. Si hay un problema grave no solucionado en el siglo XVIII, es grave pero manejable; pero si en el siglo XIX la cosa se sigue acumulando, se sigue expulsando campesinos, por ejemplo, y si en el siglo veinte sucede lo mismo y también en el XXI, los conflictos serán cada vez mayores y más difíciles de manejar. Es decir, la sociedad tiene que aprovechar un momento de respiro (como el Frente Nacional, momento de respiro de la lucha bipartidista) para plantearse la solución a esos problemas y afrontarlos alguna vez. De lo contrario, los acontecimientos del siglo XXI serían impredecibles. Por otro lado, me preocupa el recuerdo de la paz octaviana de los años 30. Es que existe la sensación (contraria a la nuestra) de que en el

pasado hubo una edad de oro feliz, sin conflictos y sin problemas, idílica, una sociedad patriarcal donde no pasaba nada. Para algunos era la colonia, para otros los años 30. Cuando se estudia un poco la colonia y los años 20 y 30 se descubre que ese idilio nunca existió.

Comparto el planteamiento fundamental de Eduardo Pizarro: el escenario sólo no hace violencia; hace falta un actor que decida ejercerla. Y eso presenta la ventaja de que, como se desencadena también se puede atenuar, pues existe además la voluntad política de frenarla, de crear un consenso nuevo, de aprovechar un momento de pausa para recrear un consenso, para solucionar los problemas. Para mí el proceso de paz es casi un respiro. El país hace una pausa, un alto en el camino de la violencia, para crear un clima orientado a la solución de los conflictos. Pero estos hay que afrontarlos, porque hay problemas estructurales de fondo que permiten que alguien los detone.

Eduardo Pizarro: Yo estoy de acuerdo con la división del trabajo, que ustedes se queden con el trabajo y nosotros con los actores, porque evidentemente es complementario y sobre todo que tiene una implicación política: para lograr la paz en Colombia hay que trabajar sobre el escenario, pues crea tensiones potencialmente violentas, y sobre los

actores que ejecutan esos actos de violencia. La dimensión puramente estructural, que no es el objetivo de ustedes, ofrece el riesgo político de plantear que mientras no haya transformaciones estructurales (nación, institucionalidad democrática, ciudadanos, etc.), la violencia estará consustancialmente inscrita en nuestro devenir histórico. O se corre el riesgo contrario, de pensar solo en los actores, ignorando una situación potencialmente violenta que reproduce esos actores. Entonces se producen fenómenos como los del Perú, donde Sendero Luminoso está globalmente condenado por la opinión pública peruana, pero tiene una infinita capacidad de reclutamiento en ciertas capas de la población; porque hay factores estructurales que alimentan esa capacidad de reclutamiento de la población. Pienso que una política de paz en el país debe combinar una economía social, el PNR, y una política de negociación con el movimiento insurgente. Es actuar sobre el escenario y sobre los actores y por eso creo que las dos investigaciones son complementarias. Pero me parece importante señalar los riesgos de quedarse en uno de los dos planos, o en los efectos estructurales que limitan la perspectiva, o quedarse simplemente en la visión de los actores y en el voluntarismo político, porque un análisis es deficiente sin el otro. Es una autocrítica.